

La carta de Pablo.¹

Es nuestra costumbre aquí en TCC dedicar los meses de otoño a estudiar las epístolas. Este otoño, principalmente Mark, pero también Gabe y yo, estaremos recorriendo la carta de Pablo a los gálatas. En esta carta, Pablo subraya la libertad que los creyentes deben disfrutar en el evangelio, pero al mismo tiempo advierte a sus lectores contra la tentación de complementar el evangelio con acciones humanas como medio de justificación. Ahora bien, esta no es *meramente* una tentación gálata del primer siglo. No; como veremos a lo largo de esta serie, esta es *también* una tentación del siglo veintiuno en la que nosotros, sabiéndolo o no, caemos cuando confiamos en nuestros débiles esfuerzos para justificarnos en lugar de descansar en la suficiencia de Cristo y su obra a nuestro favor. Eva ya leyó nuestro texto, así que abramos mirando al Señor en oración.

Cuando leemos las otras cartas escritas por el apóstol Pablo, casi siempre lo vemos tratando una amplia variedad de temas. Tomemos, por ejemplo, la carta de Pablo a los corintios. En ella habla de facciones dentro de la iglesia, de la sabiduría de Dios frente a la sabiduría humana, de la necesidad de madurez, de un asunto delicado que requería disciplina eclesial, de demandas entre creyentes, sexo, género, codicia, embriaguez, matrimonio y divorcio. *¡Y eso está solo en los primeros siete capítulos de la carta!* Al continuar, Pablo pasa a otras cosas: comida sacrificada a ídolos, los derechos de un apóstol, una lección de historia sobre el pueblo de Israel en el desierto, la necesidad de decoro en la adoración, enseñanzas sobre la Cena del Señor, la naturaleza de los dones espirituales, más asuntos sobre facciones dentro de la iglesia, la cuestión de si los cristianos deben hablar en lenguas, algunas cosas acerca del reino de Dios, la resurrección de los muertos, una ofrenda que se está recogiendo para otras iglesias, el llamado al amor fraternal y, finalmente, los nombres de varias personas que quieren saludar. Muchos temas; muchas cosas.

Casi todas las cartas de Pablo son así. Quizá no todas en el mismo grado, pero bastante cerca. Sin embargo, cuando llegamos a la carta de Pablo a los gálatas, el panorama es muy diferente. Es cierto que se tratan otros temas, pero no muchos. Y cuando se tratan, por lo general se abordan solo brevemente. En cambio, el propósito o tema de esta carta a los gálatas es singular. El enfoque de Pablo está casi exclusivamente en “su defensa del evangelio”. Ahora bien, es interesante ver cómo Pablo lo hace. En cierto sentido, no es diferente de un artesano que restaura un mueble: quita cuidadosamente las capas viejas de pintura y cera; lija con el mismo cuidado, y luego aplica acondicionador para madera, tinte y varias capas de aceite. Pablo tiene un punto que

quiere plantear. Quiere tratarlo. Pero lo hace lenta y cuidadosamente, por una gran variedad de medios: mediante teología, testimonio personal, historias bíblicas, metáforas, alegoría, sentido común y ejemplos cotidianos.

Poco a poco, capa sobre capa.

A veces es académico, didáctico y lógico.

En otras ocasiones es alentador, pastoral y tierno. Y en otras ocasiones es directo y áspero, y dice cosas que quizá nosotros nunca diríamos en compañía mixta.

Pero al apóstol Pablo no le importa. Está dispuesto a hacer todo lo posible para defender el evangelio de Jesús ante estos creyentes gálatas.

El saludo.

Como es su costumbre en todas sus cartas, Pablo comienza con un saludo. Se identifica y menciona su llamado divino como apóstol. Luego reconoce a quienes están con él y reconoce a los destinatarios de la carta: “*las iglesias de Galacia*”. La región de Galacia estaba en lo que hoy es Turquía moderna. La mayoría sostiene que Pablo escribe a las iglesias que él y Bernabé establecieron durante su primer viaje misionero, registrado en Hechos 13–14. Esta obra comenzó en el año 46 d. C. y duró alrededor de dos años. Parece que Pablo escribió esta carta a esas iglesias no mucho después de aquella campaña misionera—quizá un año más tarde.² Así que, después de este saludo inicial, Pablo ofrece una bendición; escribe:

Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Esta no es una bendición “de cajón” que Pablo escribió con ChatGPT. No; este es el hilo de oro que recorre toda la carta de Pablo; esta es la verdad operativa que dará forma a todo lo que dice: esta idea de gracia y paz que ha sido extendida a las iglesias de Galacia por el Padre y el Hijo, y la obra del Hijo, quien se entregó por los pecados de estos gálatas para que pudieran ser librados de aquello que los tenía presos.

Pero entonces, después de ese saludo, Pablo hace algo extraño. Verán, la mayor parte del tiempo (de hecho, casi todo el tiempo) Pablo usa la siguiente parte de sus cartas, esta sección después de su bendición, para ofrecer una palabra de gratitud a la iglesia a la que escribe. Lo hace para que

esa congregación particular sepa cuánto le importa y cuán agradecido está a Dios por cada uno de ellos. Miramos sus otras cartas (Romanos, Corintios, Efesios, Filipenses, etc.) y lo vemos decir cosas como:

Sigo dando gracias a Dios por ustedes.

Por su gracia, están demostrando fidelidad.

Por su evangelio, permanecen firmes en la verdad.

*Oro constantemente por ustedes; no veo la hora de volver a verlos.*³

Pero en esta carta a los gálatas, Pablo no dice nada parecido; de hecho, es todo lo contrario.

Esto es lo que dice⁴: "Estoy **asombrado** que tan pronto se estén apartando de aquel que los llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente; no que haya otro, sino que hay algunos que los perturban y quieren **distorsionar** el evangelio de Cristo.

Pablo está enojado. No está ligeramente indignado. No está sacándose de encima algún simple malestar. No está solo desahogándose un poco. No; está fuera de sí por lo que está ocurriendo en estas iglesias de Galacia.

Pablo habla especialmente de una “distorsión” del evangelio. La palabra “distorsionar” probablemente no es lo suficientemente fuerte. La idea aquí habla de algo que ha sido “invertido” y “puesto al revés”.⁵ Más adelante aprendemos que esta distorsión vino por la influencia de maestros externos. Ahora bien, aquí está lo sorprendente: al seguir leyendo, no parece que estos maestros externos estuvieran negando la deidad de Jesús, ni su muerte en la cruz, ni la veracidad de su resurrección. No; hasta donde podemos ver, estos maestros no estaban **quitando** algo del mensaje de Pablo. Más bien estaban **añadiendo** algo para “mejorar” el evangelio.⁶ Y para Pablo esas añadiduras bastaban no solo para *distorsionar* el evangelio, sino, como leemos, para convertirlo en un evangelio diferente por completo. Y lo triste es que estas iglesias de Galacia absorbieron con gusto lo que se estaba enseñando. Es como si esas iglesias tomaran este regalo, algo bueno, y de alguna manera olvidaran cómo funcionaba. Tomaron las buenas noticias que debían hacerlos libres y, en cambio, las convirtieron en algo extraño y, al final, en ningún evangelio en absoluto.

Y Pablo es insistente: “*Pero aun si nosotros, o un ángel del cielo, les anunciara un evangelio contrario al que les hemos anunciado, sea anatema.*” Pablo está diciendo: “Miren, si yo aparezco mañana con mis compañeros de trabajo y predicamos otro evangelio, que caiga una maldición sobre nosotros. De hecho, si aun *un ángel* aparece mañana—si algo así aparece mañana y predica otro evangelio, que esa criatura, ese ángel, sea maldito.” Y luego, por si

alguien no estaba prestando atención mientras se leía esta carta, Pablo lo dice otra vez; dice: *“Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno les predica un evangelio contrario al que recibieron, sea anatema.”*

La audiencia del evangelio.

Ahora bien, a medida que la carta se desarrolla, aprendemos que la “distorsión” enseñada por estos maestros externos era una especie de forma modificada de legalismo judío. Ciertos maestros llegaron y dijeron: “Ustedes necesitan obedecer los rituales, circuncidar a sus hijos, seguir las leyes alimentarias, honrar los días santos, y solo si hacen esas cosas Dios los aceptará y los bendecirá.”⁷

Ahora, al leer eso quizá piensen: “Bueno, ese no es mi problema.” Y lo más probable es que no lo sea. Incluso si comemos una dieta kosher y circuncidamos a nuestros hijos, es poco probable que alguien aquí haga estas cosas para acumular puntos con Dios y ganarse su favor (tal vez, pero probablemente no). Sin embargo, como veremos a lo largo de nuestro tiempo en esta carta, eso no significa que debemos saltarnos esta epístola y pasar a la siguiente carta de Pablo—su carta a los efesios. No; más bien, debemos emplear lo que John Stott llama “una doble escucha”. ¿Qué es “una doble escucha”? Stott sostiene que somos llamados a escuchar las palabras de la Escritura y, mientras lo hacemos, debemos pensar en el contexto y las circunstancias que rodeaban a los destinatarios originales de esta carta, pero al mismo tiempo considerar esas mismas palabras a través del lente de nuestro mundo contemporáneo.⁸ Y Stott sostiene que, si hacemos eso, y si miramos y escuchamos con suficiente atención, quizá nos demos cuenta de que nosotros también (a veces) podemos ser culpables de distorsionar —o al menos limitar— el evangelio.

Entonces, ¿de qué maneras somos culpables de limitar el evangelio? Permítanme mencionar dos cosas. Número uno: creo que a veces podemos ser culpables de limitar **la audiencia del evangelio**. Verán, a veces creo que tendemos a pensar que el evangelio es principalmente para personas que no creen en Jesús—personas que no son cristianas. Es la idea de que el evangelio es *la leche*; es el punto de partida. Pero si realmente quieres crecer en la fe, entonces necesitas pasar de la leche a la carne (a las cosas más profundas de Dios). Es la idea de que el evangelio es *la puerta*, es la manera de entrar. Pero, de nuevo, si deseas crecer, entonces necesitas pasar de la puerta al camino/la calle (a donde está la acción). Pero pensar así es un error.

El evangelio —la obra de Jesús— es la leche, pero también es la carne.

El evangelio es la puerta, pero también es el camino.

No es solo el medio por el cual somos salvos —aunque sí lo es—, también es el medio de nuestro crecimiento y transformación continuos.

Es nuestra justificación; es nuestra santificación.⁹

Para quienes venimos de una tradición particular —no todos ustedes, pero sí algunos—, no es solo el culto del domingo por la noche que se enfocaba en el evangelismo; también es el culto del domingo por la mañana que se enfocaba en el crecimiento y la madurez espiritual.

A veces olvidamos que el evangelio que nos *salva* es también el evangelio que nos *guarda*. El evangelio es central, no solo al *comienzo* de nuestro caminar con Cristo, sino *a lo largo* de todo nuestro caminar con Cristo. Es más que el punto de partida —como si nuestro único deber en la vida fuera “ser salvos”—. No, también es aquello que nos sostiene. Como Mark habló la semana pasada, el evangelio debe abarcar la *totalidad* de la vida cristiana y permear todo lo que hacemos y todo lo que somos. Este regalo que fue dado; este amor que fue derramado. El evangelio no es el “ABC” de la fe cristiana; el evangelio es la fe cristiana de la A a la Z. Es todo. Por eso cantamos los cantos que cantamos; por eso recitamos los credos; por eso participamos de la comunión cada semana.

Comenzamos con el evangelio, pero también *continuamos* con el evangelio.

La suficiencia del evangelio.

Así que podemos ser culpables de limitar **la audiencia del evangelio**. Muy relacionado con esto, también podemos ser culpables de limitar **la suficiencia del evangelio** (las dos ideas están conectadas). Como las iglesias de Galacia, existe la tentación de encoger la cruz al buscar otras cosas en las que confiamos para darnos un sentido de credibilidad personal. Y no es que esas cosas sean necesariamente malas (a veces lo son, pero muchas veces no). No; el problema no son las cosas en sí mismas—*es lo que hacemos con ellas*. Es la manera en que las usamos para reforzar nuestro sentido de validez, aceptación o buena posición, y cómo podríamos usarlas para compararnos con otros.

“Como soy una persona trabajadora, Dios me recompensará.”

“Como tengo buena teología, Dios me prefiere por encima de quienes no la tienen.”

“Como hago las cosas bien como padre o madre, soy más piadoso que quienes no pueden controlar a sus hijos.”

“Como soy auto disciplinado y riguroso en el manejo de mi tiempo, soy más maduro que otros.”

Nos juzgamos a nosotros mismos por nuestra política, o por el tamaño de nuestra cuenta bancaria, o por nuestros títulos académicos, o por cuán tolerantes creemos que somos, o por cuán espirituales imaginamos ser. Y, aunque quizá nunca lo admitiríamos abiertamente, estas cosas pueden

convertirse fácilmente en la fuente de nuestro orgullo y la fuente de nuestra seguridad. Además, como veremos con los de las iglesias de Galacia, podemos caer en lo que el sociólogo Robert Bellah llamó “el narcisismo de la similitud”: la idea por la cual nos agrupamos con quienes piensan como nosotros y excluimos a quienes no, y como resultado convertimos incluso la iglesia de Jesús en una cafetería de escuela secundaria, con cada facción o grupo plenamente convencido de que ellos (y solo ellos) están sentados en “la mesa de los chicos populares”.¹⁰

Hay un teólogo llamado Richard Lovelace. Lovelace pasó la mayor parte de su carrera académica como profesor de historia de la iglesia en el Seminario Teológico Gordon-Conwell. En uno de sus libros, esto es lo que escribe; señala que:

*Muchos cristianos profesantes pueden tener un compromiso teórico con el evangelio, pero en su existencia diaria están extrayendo su seguridad de aceptación delante de Dios de su sinceridad, de su experiencia pasada de conversión, de su desempeño religioso reciente o de la relativa poca frecuencia de su desobediencia voluntaria. **Luego continúa diciendo:***

Primero debemos hacer real para ellos la gracia de Dios al aceptarlos diariamente, no por su espiritualidad ni por sus logros en el servicio cristiano, sino porque Dios les ha contado la perfecta justicia de Cristo.¹¹

¿Ven lo que Lovelace está diciendo? Nuestra única seguridad, identidad y certeza no provienen de lo bien que nos esté yendo esta semana, sino del evangelio, de la obra de Cristo. ¿Confiamos en Cristo y en la suficiencia de su evangelio, o descansa nuestra confianza en nuestra propia capacidad de ganar el favor de Dios por medio de alguna otra cosa? Me gusta cómo lo expresa Tim Keller en su estudio sobre el libro de Gálatas; escribe que:

El evangelio nos muestra que nuestro problema espiritual no está solamente en dejar de obedecer a Dios, sino también en confiar en nuestra obediencia para hacernos plenamente aceptables ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás. Todo tipo de defecto de carácter proviene de este impulso natural de ser nuestro propio “salvador” mediante nuestro desempeño y nuestros logros.¹²

Keller está diciendo que nuestra preocupación principal no debe ser: “¿Qué debo hacer para ganar puntos con el Todopoderoso?” Sino más bien: “¿Qué ha hecho él ya?” ¿Y qué hizo Cristo?

Él lo hizo todo. Francis Grimké lo expresó mejor. Grimké fue un ministro presbiteriano estadounidense de hace algunas generaciones; escribió: “Solo lo que está escrito en el alma del

ser humano sobrevivirá al naufragio del tiempo.”¹³ Nada más nos hace justos. Nada más puede sostener el peso de nosotros como personas hechas a imagen y semejanza de Dios. Somos vivificados, liberados y hechos íntegros, no porque hayamos logrado la capacidad de cumplir con un conjunto de reglas (y ciertamente no porque finjamos que las reglas no importan).

Somos vivificados, liberados y hechos íntegros por causa del Redentor de quien cantamos hoy. Aquel cuya sangre preciosa nos rescató. Aquel que pagó el precio y murió en nuestro lugar.

Por más que lo intentemos, nunca podremos salvarnos a nosotros mismos.

Más bien, Cristo, por su profundo amor nosotros, nació para que pudiéramos nacer de nuevo.

Fue quebrantado para que pudiéramos ser hechos íntegros.

Fue levantado en la cruz para que pudiéramos ser redimidos.

Y resucitó de entre los muertos para que pudiéramos vivir para siempre y descansar en él.

Oremos.

¹ Lectura del AT: Sal 96:1-6 (ESV).

² Para una discusión sobre si Pablo escribe a las iglesias del norte de Galacia o del sur de Galacia, véase Ronald Y. K. Fung, *The Epistle to the Galatians*, NICNT (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1988), 1; John R. W. Stott, *The Message of Galatians*, BST (Leicester/Downers Grove: InterVarsity, 1968), 11. ³ Véase Rom 1:5-10; 1 Cor 1:4-9; Ef 1:15-23; Fil 1:3-8; Col 1:3-8, etc.

⁴ Aunque la palabra griega usada aquí también puede emplearse positivamente (p. ej., Mt 8:10), obviamente esa no es en absoluto la intención de Pablo aquí.

⁵ Timothy George, *Galatians*, NAC (Nashville: Broadman & Holman Publishers, 1994), 95.

⁶ G. Walter Hansen, *Galatians*, IVPNTC (Downers Grove/Leicester: InterVarsity Press, 1994), 37;

⁷ Scot McKnight, *Galatians*, NIVAC, ed. Terry Muck (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1995), 24. ⁸

John Stott, *The Contemporary Christian: Applying God's Word to Today's World* (Downers Grove: InterVarsity, 1992), 186.

⁹ Timothy Keller, “Controversy” (sermón, Redeemer Presbyterian Church, 1997).

¹⁰ Robert Bellah, *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life* (New York: HarperCollins, 1985), 72.

¹¹ Richard L. Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life: An Evangelical Theology of Renewal*, edición ampliada (Downers Grove: IVP Academic, 1979, 2020), 101, 212.

¹² Timothy Keller, *Paul's Letter to the Galatians: Leader's Guide* (New York: Redeemer Presbyterian Church, 2010), intro.

¹³ Carter G. Woodson, *The Works of Francis J. Grimké* (Washington: The Associate Publishers, Inc., 1942), 2.